R E L A T O

La noche *es de mujer*

Vida de Josefina, nacida Jaime,
entre Guayaquil, Nueva York y Santiago

Relato ficcionado basado en hechos reales

Carlos Antileo Soto

Santiago de Chile · 2026

I. La ventana del vigésimo piso

El vestido rojo cayó durante siete segundos. Salió por la ventana del vigésimo piso del edificio de la Calle Cincuenta y Oeste, en Manhattan, y en esos siete segundos fue lo más vivo que hubo en todo el apartamento. Después cayeron, más lentos, el corpiño, las medias de finos bordados, los calzones, los zapatos rojos brillantes que Jaime se había comprado en una tienda de la Octava Avenida y que iban tan bien con la cartera del mismo color. Cayeron uno a uno, con la pesadez vergonzosa de las cosas que ya no quieren ser vistas, y a la calle llegaron convertidos en una lluvia ridícula de telas que dos o tres peatones miraron sin entender. Inés, la esposa, los había arrojado por la ventana con una furia helada que no admitía réplica. No gritaba. Lanzaba. Cada prenda era un acto distinto, un duelo, una ejecución. Cuando terminó, volvió al taller donde Jaime seguía sentado frente al espejo, con la cara desmaquillada a medias y el corpiño todavía puesto, y le dijo, con una voz que no le había escuchado: "Quítate eso. Y no vuelvas a meterlo en mi casa".

Esa escena ocurrió en Nueva York, en el otoño de 1979. Hasta esa mañana, Jaime había sido —a los ojos de su esposa, de sus tres hijos varones, de sus colegas de la IBM, de los vecinos del edificio y de cuanto conocido tenía entre Manhattan y Queens— un ingeniero electrónico exitoso, un padre presente, un marido sin reproches. La otra vida, la que sostenía de noche en el subterráneo detrás de una puerta falsa, era un secreto tan bien guardado que ni siquiera él se permitía nombrarla. Esa mañana, el vestido rojo cayó por la fachada del edificio y fue, durante siete segundos, su confesión pública.

—No tengo nada que decir —respondió Jaime cuando Inés le exigió explicaciones. —Entonces vete. Vete de esta casa. No quiero verte así. No quiero verte nunca más así.

Inés no lo dejó hablar. Le ordenó vestirse de hombre —"póntelo, póntelo ya, frente a mí"—, le prohibió acercarse a los niños que dormían al fondo del pasillo, le prohibió volver al taller, le prohibió llamar por teléfono a cualquiera que pudiera enterarse. A las nueve de la mañana, cuando los chicos despertaron, Jaime ya no estaba. Había bajado al vestíbulo del

edificio con una maleta pequeña, había tomado un taxi hasta la oficina de personal de la IBM en Midtown y había pedido, con la voz serena que conservaba incluso en el desastre, un traslado urgente a cualquier filial de Sudamérica. Le ofrecieron Buenos Aires. Pidió Santiago de Chile, porque una vez había visto unas fotos de la Cordillera en una revista y le había parecido un lugar lo bastante lejos de todo como para empezar otra vez, o para terminar de empezar lo que nunca había podido empezar.

El vestido rojo, mientras tanto, ya no estaba en la calle. Un operario de la limpieza municipal lo había recogido a las seis de la mañana, lo había doblado con la pulcritud burocrática con la que doblaba todas las mañanas los desechos de la Calle Cincuenta, y lo había arrojado al fondo de un camión verde que recorrió Manhattan hasta el vertedero de Fresh Kills, en Staten Island. Allí, bajo toneladas de basura neoyorquina, el vestido rojo que había sido durante meses el tesoro más preciado de Jaime se pudrió lentamente, hasta no ser nada, hasta no haber sido nunca. Pero esa muerte del vestido, que el lector debe imaginar en silencio, no fue la muerte del deseo. Jaime subió al avión hacia Santiago con la maleta pequeña y el traje de hombre, pero en el bolsillo interior del saco llevaba una fotografía que se había tomado en el espejo del subterráneo la noche anterior: él mismo, vestido de rojo, sonriéndole a una mujer que todavía no tenía nombre. Esa fotografía sería, durante años, lo único que él conservaría de aquella vida anterior. Y sería, también, la semilla de lo que vendría.

Siete segundos. Esa es la medida del tiempo que tarda un vestido en caer veinte pisos. Esa es también la medida del tiempo en que una vida se rompe en dos mitades para siempre: la de antes, cuando todavía se podía fingir, y la de después, cuando ya no.

II. El subterráneo y el primer vestido

Treinta años antes, en Guayaquil, había una casa de madera con piso de tablas y un patio trasero donde secaban camisas de planchada. Jaime nació allí en 1934, hijo de un mecánico que arreglaba motores de lancha en el astillero del malecón y de una madre que cosía para afuera. Era el mayor de cinco hermanos, y desde los siete años su padre lo llevaba los

sábados al taller, donde le enseñaba a distinguir un condensador de un transistor, una llave inglesa de una Phillips, el olor del aceite de motor del olor del estaño fundido. A los doce años, Jaime podía desarmar una radio de válvulas y volver a armarla sin que sobrara ninguna pieza. A los quince, ya trabajaba medio turno en un local de reparación de televisores del centro. Era, según todos los que lo conocieron entonces, un muchacho callado, viril, seguro de sus manos, con una mirada oscura que las mujeres del barrio encontraban atractiva y los hombres del taller encontraban rara sin saber por qué.

La rareza, sin embargo, no estaba en la mirada. Estaba en otra parte. Estaba en una escena que Jaime recordaría toda su vida y que jamás le contó a nadie, ni siquiera a Inés, ni siquiera, muchos años después, a la Josefina que sería. Una tarde de 1944, cuando tenía diez años, su madre lo mandó a buscar una caja de hilos al cuarto donde cosía para afuera. La caja no estaba en su sitio. Jaime la buscó debajo de la mesa de planchar, detrás del ropero, hasta que abrió un cajón que su madre mantenía siempre cerrado con llave y que esa tarde, por descuido, había quedado abierto. Dentro había hilos, sí, pero también había algo más: un vestido de señora, de tela floreada, con un botón faltante. Era un vestido que su madre había estado arreglando para una clienta y que no había terminado. Jaime lo sacó del cajón, lo extendió sobre la mesa, lo miró un rato. Después, con el cuidado con el que manipulaba los tornillos más finos de un televisor, lo desabrochó, se lo puso encima de su ropa de niño, se miró en el espejo del ropero y se quedó mirándose hasta que su madre lo llamó desde la cocina.

No supo, esa tarde, qué le había pasado. Supo, sí, que durante los minutos que el vestido estuvo sobre su cuerpo, algo en él respiraba con una facilidad desconocida. Supo que cuando se lo quitó, doblando cuidadosamente las mangas para que su madre no notara nada, sintió que se quitaba una piel y se ponía otra. Supo, sobre todo, que no podría contárselo a nadie, porque no tenía palabras para contarlo. Esa noche se acostó con la certeza de que algo dentro de él era distinto a lo de los otros niños del barrio, y con la certeza también de que esa diferencia debía

quedarse, como el vestido de su madre, doblada en un cajón cerrado con llave.

Treinta años después, en Nueva York, el subterráneo de la casa de la Calle Cincuenta sería la traducción arquitectónica de aquel cajón. Jaime lo había acondicionado durante meses, en secreto, mientras Inés y los niños dormían. Había instalado un espejo de cuerpo entero detrás de una puerta falsa que daba al cuarto de útiles de aseo. Había comprado, una pieza a la vez, en tiendas cada vez más alejadas del barrio, un vestido rojo de suave tela, un corpiño, calzones, medias de finos bordados y arabescos, una cartera, unos zapatos rojos brillantes. Había guardado debajo de una gaveta de condensadores y transistores —el único lugar del mundo que su esposa jamás habría pensado en revisar— las cremas y pinturas de maquillaje. Y cada noche, después de medianoche, bajaba al subterráneo, abría la puerta falsa, sacaba el vestido rojo, se lo ponía con la unción de un sacerdote, se maquillaba los labios, las pestañas, las mejillas y las ceñas, se miraba en el espejo, se felicitaba de lo estupenda que se veía, y después —ya convertida en otra— salía a la calle por una puerta trasera y recorría tres o cuatro cuadras del barrio nocturno.

El ritual duraba una, dos, a veces tres horas. Después volvía, se desmaquillaba con crema desmaquilladora, doblaba el vestido, lo guardaba en su sitio, cerraba la puerta falsa, subía al dormitorio y se acostaba junto a Inés como si nada hubiera pasado. A veces ella se movía, a veces murmuraba algo en sueños. Jaime se quedaba despierto, mirando el techo, con el corazón todavía latiéndole con el ritmo de la mujer que había sido en la calle, hasta que el sueño le ganaba. Al día siguiente se levantaba a las siete, se afeitaba, se ponía el traje gris de la IBM, besaba a los niños, tomaba el subte hacia Midtown, y era otra vez —a los ojos de todos— el ingeniero electrónico, el padre, el marido, el vecino. Hasta esa noche. Hasta la siguiente. Hasta que una mañana, en el otoño de 1979, Inés se levantó antes que él y se encontró con una mujer saliendo del taller.

La frase que más le dolía recordar, le contaría Josefina décadas después, no fue la orden de Inés de arrojar las prendas por la ventana. Fue lo que

ella le dijo antes, cuando todavía no había ropa que arrojar: "Yo no te conocí. Yo no sé quién eres". Esa frase fue la que partió su vida en dos.

III. Inés, o el principio del matrimonio

Inés se llamaba, en realidad, Inés Mercedes del Carmen, y era hija de una familia de Quito que había migrado a Guayaquil cuando ella tenía seis años. La conoció Jaime en 1954, en una fiesta de cumpleaños del barrio Las Peñas, el año en que él cumplió veinte. Era menuda, de pelo negro lacio, con una risa rápida que tapaba la boca con la mano. Bailaba con gracia y sabía hablar bajo, dos cosas que a Jaime le parecieron, esa noche, las más importantes del mundo. Se casaron a los seis meses de novios, en la iglesia de San Vicente, con una misa de domingo y un almuerzo en el patio de la casa de la madre de ella. Jaime vestía de traje gris. Inés, de blanco. Ninguno de los dos imaginaba, esa tarde, que la fotografía que se tomaron en el umbral de la iglesia sería, sesenta años después, la única prueba material de un matrimonio que iba a durar más que cualquier matrimonio del que tuvieran noticia.

Los primeros años fueron los de la joven pareja ecuatoriana típica. Jaime trabajaba en un taller de electrónica del centro; Inés cosía para afuera como su suegra y, los sábados, vendía empanadas en una fritada del mercado. Tuvieron tres hijos en cinco años: el mayor en 1956, el del medio en 1958, el menor en 1961. Los tres varones. Los tres, según el orgullo del padre, iguales a él. Jaime los miraba dormir en la cuna y se sentía, dice, completo: un hombre con un oficio, una esposa, tres hijos varones. ¿Qué más podía pedir un hombre nacido en Guayaquil en 1934? Nada. Esa era la respuesta correcta. Esa era la respuesta que se dio a sí mismo todas las mañanas durante años, hasta que dejó de creérsela.

Porque debajo de esa vida ordenada, el cajón cerrado con llave seguía ahí. El recuerdo del vestido floreado de su madre, probado a los diez años, no se le había borrado. Se había, más bien, retirado a un rincón del cuerpo, y esperaba. Esperaba las noches en que Inés se dormía temprano y Jaime podía, en el baño, con la puerta trabada, ponerse una de las camisetas de Inés y mirarse al espejo. Esperaba los viajes de trabajo a Quito, donde Jaime se compraba, en una tienda del centro, una media

hora de pieza de mujer, que después regalaba a una empleada del taller para que no quedara rastro. Esperaba, sobre todo, una oportunidad para escaparse del todo. Esa oportunidad llegó en 1968, cuando la IBM abrió una filial en Nueva York y le ofrecieron a Jaime, por su pericia con los circuitos integrados, un puesto de técnico senior en Manhattan.

La mudanza a Nueva York fue, para Inés, una promesa de prosperidad. Para Jaime, fue una promesa de anonimato. En Guayaquil, todo el mundo conocía a la familia: la madre de Inés, las tías, los primos, los vecinos del barrio Las Peñas. En Nueva York, en cambio, nadie sabía quién era él. Podía ser, en el subterráneo de la casa de la Calle Cincuenta, lo que quisiera. Nadie lo vería. Nadie lo reconocería. Y durante casi diez años, así fue. Diez años de doble vida impecable: el ingeniero de la IBM de día, la mujer del vestido rojo de noche. Diez años en que Inés crió a los tres hijos en un país extranjero, los mandó a escuelas católicas del Queens, los vio crecer hablando inglés en la calle y español en casa, y nunca, nunca, sospechó que su marido bajaba al subterráneo cada madrugada para vestirse de mujer.

Los hijos, mientras tanto, se criaban americanos. El mayor, a los dieciocho, entró a la US Army. El del medio lo siguió dos años después. El menor, en 1980, cuando Jaime ya no estaba en la casa, haría lo propio. Los tres se harían oficiales. Los tres irían, décadas después, a las guerras que Bush padre y Bush hijo declararían en Afganistán e Irak. Los tres crecerían, dice Josefina hoy, sin saber nunca por qué su padre se había ido de la casa aquella mañana de 1979. Inés, que era quien mandaba las cartas y daba las versiones, les decía: "Su papá está en una misión estratégica de la IBM en Sudamérica, no puede venir, pero los quiere mucho". Los hijos creían. Los hijos no tenían por qué no creer. Los hijos, además, estaban demasiado ocupados aprendiendo a disparar un rifle M16 como para preguntarse por qué un padre que trabajaba en computadoras no podía tomar un avión y visitarlos.

Jaime, mientras tanto, ya estaba en Santiago. Había llegado en noviembre de 1979, con su maleta pequeña y la fotografía del vestido rojo en el bolsillo interior del saco. No conocía a nadie. No hablaba bien el español

chileno, que le parecía cortado y raro. Pero el primer domingo en Santiago, caminando por el centro, se encontró con una mujer ecuatoriana que había conocido años atrás en Guayaquil, en una fiesta del barrio Las Peñas. Se llamaba Inés —otra Inés, no su esposa, aunque el nombre sería una señal que él tardaría años en leer—, y trabajaba como administrativa en una empresa de importaciones del barrio Civility. Se saludaron como se saludan los latinoamericanos que se encuentran lejos de casa: con un grito, un abrazo, lágrimas. Esa segunda Inés sería, durante veinte años, el segundo amor de la vida de Jaime. Y sería, sobre todo, la persona que finalmente lo acompañaría a ser Josefina.

IV. La noche bisagra

Conviene retroceder doce horas antes del lanzamiento del vestido, porque la escena que rompió la vida de Jaime no fue la del balcón sino la del taller. Era una noche de octubre de 1979, fresca, con viento del río. Jaime había llegado de la IBM a las siete, había cenado con Inés y los muchachos, había ayudado al menor con una tarea de matemáticas y, a las diez y media, cuando la casa entera dormía, había bajado al subterráneo como cada noche. No sospechaba que esa noche sería distinta. No sospechaba que Inés, esa madrugada, se había despertado a las tres con un dolor de cabeza que no la dejaba dormir, había ido a la cocina a buscar una aspirina, y al pasar por el pasillo que daba al subterráneo había visto una luz debajo de la puerta del taller. No sospechaba, sobre todo, que al abrir la puerta y ver a su marido sentado frente al espejo, vestido de rojo de la cabeza a los pies, maquillándose los labios con la lentitud de quien está a solas consigo mismo, Inés se quedaría paralizada en el marco durante cuarenta segundos antes de emitir sonido.

El primer sonido no fue un grito. Fue, dice Josefina hoy, un quejido bajo, casi un gemido de animal pequeño. Después vino la voz: "Jaime". Él, que no la había oído entrar, se volteó despacio, con el lápiz de labios todavía en la mano, y la miró. Los dos se miraron. Ella parada en el marco de la puerta, en camisón, con el pelo suelto sobre los hombros. Él sentado en el banquito del taller, con el vestido rojo, las medias, los zapatos, la

cara maquillada a medias. Los dos, durante un minuto que ninguno de los dos podría después medir, no dijeron nada. Jaime fue el primero en hablar. Lo hizo, dice, con una voz que no reconoció como suya, una voz que le salía de un lugar más abajo que la garganta:

—Qué bueno que ya lo sabes. No te imaginas lo difícil que esto ha sido para mí.

Inés cerró los ojos. Los abrió. Volvió a cerrarlos. Estaba, dice, intentando que la escena se borrara, como quien se frota los ojos para espantar una pesadilla. Pero la escena no se borraba. Cuando los abrió por segunda vez, su marido seguía sentado frente al espejo, vestido de rojo, con el lápiz de labios todavía en la mano. Y entonces Inés, con una voz que él nunca le había escuchado, dijo: "Explícame. Explícame ahora mismo. Qué es esto".

—No sé explicarlo, Inés. No tengo las palabras. Solo sé que desde que tengo memoria, desde que era un niño en Guayaquil, hay algo en mí que... que no es lo que ustedes ven.

—¿Y qué es lo que ven los demás?

—A un hombre. A un ingeniero. A un marido. A un padre. Y todo eso soy, Inés, todo eso soy. Pero también soy otra cosa. Y esa otra cosa, toda la vida la tuve escondida. Aquí, en este subterráneo, en un cajón, donde nadie la viera.

—¿Y yo? ¿Yo no veía?

—Tú no veías, Inés. Tú no podías ver. Porque yo no te dejaba.

Inés lo interrogó hasta el amanecer. Jaime respondía con la voz entrecortada por el sollozo. A ratos ella se levantaba y caminaba por el taller, mirando las gavetas de condensadores, el espejo, la puerta falsa. A ratos volvía a sentarse. A ratos lloraba sin decir nada. A ratos preguntaba cosas que no venían al caso: "¿Y cuando fuimos al bautizo del primo Fernando, en Queens, ese día que tú llegaste tarde, estabas...?". Jaime asentía. "¿Y cuando te quedabas hasta tarde en la oficina, los martes, los miércoles...?". Asentía.

En un momento, ya cerca del amanecer, Inés se quedó callada mucho rato. Después dijo: "¿Y los niños? ¿Los niños saben?". Jaime negó con la cabeza. "No. Nadie sabe. Solo tú". Inés asintió, como si esa respuesta la aliviara y la hundiera al mismo tiempo. Se quedó mirando el vestido rojo, los zapatos, la cartera. Después, con una voz que ya no era de rabia sino de un cansancio antiguo, dijo la frase que Jaime recordaría toda su vida: "Yo no te conocí. Yo no sé quién eres". Y después, casi en un susurro: "Quítate eso. Y no vuelvas a meterlo en mi casa".

Jaime se quitó el vestido lentamente, doblando cada prenda con la pulcritud de siempre. Se desmaquilló con crema. Se puso el pijama. Subió al dormitorio. Se acostaron juntos, sin tocarse. A las seis de la mañana, cuando los primeros rayos entraron por la ventana, Inés se levantó sin decir nada, tomó el vestido rojo del armario donde Jaime lo había guardado, las medias, el corpiño, los zapatos, la cartera, y los llevó al balcón. Y los fue arrojando, uno a uno, por la ventana del vigésimo piso, con la misma pulcritud de siempre. Siete segundos. Una vida.

V. Sudamérica y la segunda Inés

Jaime llegó a Santiago en noviembre de 1979, con una maleta pequeña, una fotografía doblada en el bolsillo interior del saco y la dirección de un hotel en la calle Agustinas que le había apuntado un colega de la IBM en Nueva York. La ciudad, bajo la dictadura de Pinochet, le pareció una ciudad de militares en la calle y de miedo en la cara de la gente. Los Carabineros verdes en las esquinas lo miraban con desconfianza: cualquier hombre de cuarenta y cinco años que llegara de Nueva York con barba de tres días y traje gris podía ser, en el imaginario de la época, un agente del exilio o un subversivo. Pero Jaime no era ni lo uno ni lo otro. Era, simplemente, un hombre que había perdido su casa y que estaba buscando, en una ciudad extraña, el modo de no perderse a sí mismo.

Los primeros meses fueron de una soledad mineral. Trabajaba en la filial de la IBM en el barrio Alto Las Condes, almorzaba solo en una fonda del centro, volvía al hotel a las siete, cenaba temprano, dormía temprano, no hablaba con nadie. Los domingos caminaba por el centro histórico, mirando las iglesias, las plazas, los vendedores de mote con huesillo. En

noviembre todavía hacía frío. En diciembre empezó el calor. En enero se dio cuenta de que no podía seguir viviendo así. Habló con la oficina de personal de la IBM y pidió un puesto permanente en Santiago. Le dijeron que sí, que era posible, pero que necesitaba un domicilio fijo. Alquiló un departamento en la calle Moneda, cerca de La Moneda, y empezó a buscar, sin saber muy bien qué buscaba, una manera de reconstruir lo que había perdido.

La encontró, como tantas cosas en la vida, por accidente. Un domingo de marzo de 1980, en una fiesta de latinoamericanos que daba un colega ecuatoriano de la IBM en un departamento del barrio Brasil, se encontró con una mujer que conocía de Guayaquil. Se llamaba Inés —otra Inés, no la esposa que había dejado en Nueva York, aunque el nombre, dice hoy Josefina, fue una señal que tardó años en leer—. Era administrativa en una empresa de importaciones del barrio Cívico, separada de un matrimonio breve que había tenido a los veinte, sin hijos, con un humor afable y una risa que tapaba la boca con la mano, exactamente como la otra Inés, la de Guayaquil, hacía cuando se reía. Jaime se quedó mirándola un buen rato antes de atreverse a hablarle. Cuando por fin lo hizo, ella lo reconoció al instante: "¡Jaime! ¡Jaime del barrio Las Peñas! ¿Te acuerdas de mí, Inés, la prima de la Susana?".

Sí, se acordaba. Vagamente, como se acuerda uno de los rostros que vio en una fiesta de los dieciocho años, pero sí. Se sentaron en un rincón de la fiesta, hablaron de Guayaquil, de la madre de ella que se había muerto, del padre de él que se había jubilado del astillero, de los primos que se habían ido cada uno por su lado. Hablaron tres horas sin parar. Cuando la fiesta se vació, Jaime la acompañó a su departamento, a cinco cuadras, y en el camino, sin saber cómo, le contó que estaba separado de su esposa, que tenía tres hijos en Nueva York que no veía hacía meses, que estaba solo. No le contó nada más. No le contó lo del vestido, ni lo del subterráneo, ni lo de la puerta falsa. Esas cosas, pensó, se las contaría cuando fuera el momento. O nunca.

Jaime no se lo contó. No entonces. Los dos construyeron una vida juntos, y el secreto siguió guardado en el subterráneo de la casa del Yungay, noche tras noche, durante casi veinte años.

Se casaron en 1982, por lo civil, en una oficina del Registro Civil de Santiago, con dos testigos prestados. Compraron una casa en el barrio Yungay. Jaime siguió trabajando en la IBM hasta 1990, cuando se jubiló. Inés siguió en su empresa de importaciones hasta 1995. Vivían los dos solos en la casa del Yungay, sin hijos, sin familia extendida, sin casi nadie. Era una vida apacible, aparentemente. Era, dice Josefina hoy, una vida donde el cajón cerrado con llave había vuelto a cerrarse, y donde Jaime, otra vez, bajaba al subterráneo de la casa del Yungay cada noche, se vestía de mujer, se miraba al espejo, salía a la calle, volvía, se desmaquillaba, se acostaba junto a Inés, y al día siguiente era otra vez, a los ojos de todos, el ingeniero jubilado, el esposo cumplidor, el vecino del barrio.

Esta segunda Inés, sin embargo, no era la primera. Y esta vez, el cajón cerrado con llave no iba a durar para siempre.

VI. La psicoterapia y las camas separadas

La segunda Inés descubrió el secreto en 1994, exactamente quince años después de la primera. Trabajaba en una empresa cercana a la de Jaime, y un día, volviendo de almorzar, pasó por una tienda de telas del centro y vio, en una vitrina, un corpiño granate que le pareció conocer. No le prestó atención. Pero esa misma noche, al llegar a casa, bajó al subterráneo a buscar una caja de herramientas que Jaime guardaba y que ella necesitaba para arreglar una lámpara, y al abrir la puerta falsa del cuarto de útiles, vio el vestido rojo colgado, las medias, los zapatos, la cartera, las cremas. No dijo nada esa noche. Esperó a que Jaime llegara de su trabajo. Cenaron juntos. Fueron a dormir. Inés cerró los ojos pero no se durmió. Pensaba. Pensaba en cómo enfrentar a su marido con lo que había descubierto.

No tuvo que esperar mucho. A la medianoche, Jaime se levantó, como cada noche, y bajó al subterráneo. Inés esperó diez minutos, después lo

siguió. Abrió la puerta del taller entornada. Lo miró vestirse. Cuando él terminó de ponerse el vestido rojo y se sentó frente al espejo para maquillarse, ella entró al cuarto y se quedó parada detrás de él, mirándolo por el espejo. Jaime, que la vio en el reflejo, no se volteó. Bajó el lápiz de labios. Cerró los ojos. Cuando los abrió, dijo, con la voz pausada que conservaba incluso en el desastre: "Qué bueno que ya lo sabes. No te imaginas lo difícil que esto ha sido para mí".

Las semanas siguientes fueron, dice Josefina, las más duras de su vida. Inés no sabía qué hacer. Lo amaba, sí. Pero no entendía. Pensó en una crisis de andropausia, en una locura pasajera, en un efecto secundario de la jubilación. Lloraba sin que él la viera. Leía, de noche, los pocos libros que existían entonces en Chile sobre travestismo y transexualidad, y cada libro la confundía más. Una noche, sin avisarle, llamó a un psiquiatra que le habían recomendado en el consultorio. El psiquiatra los recibió a los dos. La primera sesión fue un silencio largo. La segunda, un balbuceo. La tercera, por fin, un diálogo. La terapia duró dos años. No sirvió, dice Josefina, para curar nada, porque no había nada que curar. Sirvió, más bien, para que los dos aprendieran a nombrar lo que les pasaba, a ponerle palabras a lo que durante décadas no había tenido nombre, y a no morir de miedo en el intento.

—Inés, yo no elegí esto. Yo no decidí un día ser así. Lo soy desde que tengo memoria. Desde que era un niño en Guayaquil y me puse un vestido de mi madre delante del espejo del ropero. Eso pasó. Y desde entonces no pude dejar de serlo, aunque toda la vida intenté dejar de serlo. —¿Y por qué no me lo contaste antes? —Porque tenía miedo de que te fueras. Porque te amo, Inés. Porque te he amado toda la vida, y te amaré siempre, y no podía arriesgar perder al único amor que me quedaba.

A partir de la psicoterapia, las cosas cambiaron. Inés y Jaime empezaron a dormir en camas separadas. Esto, que podría leerse como un síntoma de ruptura, fue en realidad lo contrario: una tregua. Jaime dejó de sentirse culpable por no cumplir, en la cama conyugal, con la función que se le exigía como hombre. Inés pudo mirar a su marido de lejos, como desde un observatorio, y empezar a entender que lo que le pasaba no era ni un

capricho ni una enfermedad. Empezó a verlo, dice, como se ve a un enfermo crónico que uno cuida: con paciencia, con ternura, con miedo, con resignación, pero también con una especie de curiosidad asombrada.

La convivencia, en esos años, se reorganizó en silencio. Inés, lejos de alejarse, se acercó. Empezó a asumir un rol más activo, más proveedor, más protector. Curiosamente se invirtieron los papeles, dice Josefina: Inés parecía cumplir las funciones del marido, y Jaime, dentro de casa, empezó a ser más delicado, más tierno, más dependiente. Compraba ropa de mujer en tiendas del centro, la mostraba a Inés, le pedía opinión. Inés le ayudaba a combinar colores, a elegir telas, a coser los dobladillos que no le quedaban bien. Jaime empezó a vestirse de mujer dentro de casa durante el día, no solo de noche. A veces se levantaba vestido y no se cambiaba en todo el día. A veces, los dos juntos, iban al cine o a cenar a algún restaurante del centro, él vestido de señora, ella de señora también, y pasaban inadvertidos porque Jaime tenía la ventaja de ser de contextura menuda y porque, dice Josefina con cierta picardía, el ojo escrutador de los viejos verdes del barrio Yungay era, en el fondo, bastante miope.

Así llegaron a 1998. Ese año, Jaime cumplió sesenta y cuatro. Ese año, también, en Chile, el movimiento de minorías sexuales había logrado la derogación del artículo 365 del Código Penal, que criminalizaba la homosexualidad, y la vida LGBT empezaba, lentamente, a salir del subterráneo. Ese año, Jaime adoptó, en la intimidad de la casa y ante Inés, un nombre nuevo. Se llamaría Josefina.

VII. 1998: Josefina y el MUMS

El nombre no fue una decisión, fue una aparición. Una mañana de abril de 1998, mientras desayunaba con Inés, Jaime se sirvió una taza de café y dijo, sin venir al caso: "Creo que me llamaré Josefina". Inés lo miró, sorprendida, y preguntó por qué. "No sé", dijo Jaime. "Tal vez porque es el nombre de una tía de mi madre que me quería mucho, o tal vez porque suena bien con lo que llevo puesto". Inés sonrió. "Josefina", repitió, como probándolo. "Josefina. Sí. Te queda bien". A partir de ese desayuno, dentro de la casa, Jaime fue Josefina. En la calle, donde todavía no se

atrevía, seguía siendo Don Jaime. La brecha entre los dos nombres era, dice, la brecha entre dos vidas que todavía no terminaban de coserse.

Las cosas, fuera de la casa, no eran fáciles. Las razzias policiales contra travestis eran cotidianas en Santiago a finales de los noventa. Josefina salía muy pocas veces vestida de mujer de día. Cuando tenía que hacerlo, llevaba en una bolsa unos jeans y una camisa para cambiarse si la paraban. El temor principal, le contaría años después a un amigo del Movimiento de Minorias Sexuales, era que un Carabinero la detuviera manejando y le pidiera la cédula. La fotografía de la cédula mostraría a un hombre con pelo corto y sin maquillaje; el Carabinero vería a una señora de sesenta y cuatro años con pelo cano recogido, labios pintados y vestido floreado. La discrepancia era tan obvia que podía terminar, dice, en una comisaría, con el nombre de Jaime en el registro y el cuerpo de Josefina en la celda. Eso la aterrorizaba.

Fue ese terror, paradójicamente, el que la llevó al MUMS. Un día de septiembre de 1998, Josefina vio un afiche pegado en una farmacia del barrio Yungay. Decía: "Movimiento de Minorías Sexuales. Atención, contención, asesoría jurídica". Aparecía una dirección y un número de teléfono. Lo marcó tres veces sin terminar la llamada. La cuarta vez se animó. Una voz masculina al otro lado le dijo: "Pase cuando quiera, lo esperamos". Josefina colgó con el corazón latiéndole como a los diez años, cuando su madre la llamó desde la cocina y ella se quitó el vestido floreado del ropero.

Diario de Josefina — 14 de septiembre de 1998

Hoy lo hice. Fui. Llegué al MUMS vestida de señora, con mi vestido azul oscuro y mis zapatos de taco bajo. Me temblaban las piernas en la micro. Cuando llegué a la puerta, una chica joven, de unos veinte, me abrió y me dijo: "Pase, pase, siéntese, ¿le ofrecemos un cafecito?". Nadie me preguntó mi cédula. Nadie me preguntó mi nombre de varón. Fue la primera vez en la vida que entré a un lugar y no tuve que pedir permiso para ser yo. Lloré en el baño, después, de puro alivio. Inés me espera en casa con una *cena. Le voy a contar todo.*

Lo que siguió fue, dice Josefina, el primer hogar social que tuvo en sesenta y cuatro años de vida. Empezó a ir todos los viernes, después todos los miércoles también, después todos los días de la semana. Conoció a otras personas trans adultas como ella, a algunas más jóvenes que le contaron lo que era la transición en una época que ella ya no alcanzaría a transitar del todo, a activistas que le explicaron cómo funcionaba la Ley de Identidad de Género, que en Chile todavía no existía pero que se discutía. Una tarde, le preguntaron si quería trabajar ahí. Necesitaban a alguien que atendiera el teléfono, ordenara el archivo, redactara oficios. Ella, que había trabajado décadas en oficinas administrativas, encajó en el puesto con una naturalidad que sorprendió incluso a las personas que la recibieron. Se convirtió en la secretaria del MUMS. El cargo, dice, fue más importante que cualquier otra cosa que le había pasado en la vida adulta: por primera vez, su identidad femenina no era un asunto nocturno ni un secreto doméstico, sino una función pública, un rol reconocido por una comunidad, algo que se firmaba al pie de un oficio.

Diario de Josefina — 3 de marzo de 1999

Hoy firmé por primera vez un oficio con el nombre de Josefina. Era una carta al Seremi de Salud pidiendo una reunión sobre VIH. Yo temblaba al escribir. La firma salió torcida, casi ilegible. Pero era mía. Inés me dijo por teléfono, cuando le conté: "Felicidades, vieja. Por fin sos vos". Yo colgué y me quedé llorando solita en la oficina del MUMS, mirando el oficio con mi firma torcida al pie.

El MUMS no le dio un nombre nuevo: le dio el permiso, sostenido y cotidiano, de habitar el nombre que ella sabía que era el suyo desde mucho antes de saber cómo nombrarlo. Allí no tenía que negociar su presentación con nadie. Josefina dejó de ser una isla nocturna para volverse continente. Y empezó, por primera vez en sesenta y cuatro años, a respirar de día.

VIII. El hermano que viene de Europa

La llamada llegó un martes de invierno, en 2003. La voz al otro lado era la de un hermano menor de Jaime que vivía en España desde hacía treinta años, casado con una catalana, con hijos ya crecidos, jubilado de una empresa textil de Barcelona. "Jaime", le dijo, "en octubre cumpo sesenta y cinco y quiero pasarlos en Chile, contigo y con Inés. Hace treinta años que no nos vemos. Vengo solo, mi mujer no puede viajar, pero yo me muero si no te veo antes de que nos pasen los años". Josefina colgó el teléfono con la mano temblorosa. Se quedó sentada en la sala del MUMS, mirando la pared, hasta que el director le preguntó si se sentía bien.

El problema no era solo que su hermano no sabía nada. Era que su hermano iba a venir a la casa. Don Jaime, en el barrio Yungay, ya era virtualmente invisible: el vecindario sabía que en la casa vivían dos mujeres y un caballero que viajaba mucho, y la versión oficial —que Don Jaime era hermano de Josefina y marido de Inés, y que pasaba temporadas largas en el extranjero por negocios de la IBM— había funcionado hasta entonces sin sobresaltos. Pero el hermano real, el de España, no iba a aceptar esa versión. El hermano real iba a preguntar dónde estaba Jaime, por qué no lo recibía él, por qué una señora que decía ser su cuñada lo recibía a él. Y la mentira, que durante años había sostenido el equilibrio frágil del vecindario, se iba a romper en mil pedazos.

Josefina llamó a Inés por teléfono. Inés llamó a la única persona que conocía que podía tener una respuesta sensata: el director del MUMS, el mismo que años atrás la había recibido a ella. Le pidieron una reunión para esa misma tarde. Se sentaron los tres en la oficina del director, con café, y discutieron las opciones durante dos horas. La primera opción era recibirlo como Jaime, una última vez, vestido de hombre, fingiendo que nada había pasado. La segunda era contarle por teléfono, antes de que subiera al avión, para que el avión hiciera el trabajo que ella no podía hacer en persona. La tercera, la que al final eligieron, era que Inés lo fuera a buscar al aeropuerto y le contara todo en el auto, camino a la casa, para que cuando llegara, ya supiera.

Diario de Josefina — 15 de septiembre de 2003

Noches sin dormir. El hermano viene en tres semanas. No sé si vestirme como Jaime para recibirlo, o quedarme como Josefina y rezar. Inés dice que lo mejor es que ella vaya al aeropuerto y le cuente todo en el camino. Yo creo que sí, pero me da terror. ¿Y si se devuelve? ¿Y si no quiere verme? ¿Y si me ve y me odia? Mi hermano fue mi mejor amigo cuando éramos niños en Guayaquil. Es el único que me conoce de verdad. No los hijos, no la primera Inés, no los vecinos: él. Y es al único que le tengo miedo.

Las semanas siguientes fueron un calvario. Josefina no podía dormir. Se levantaba a las tres de la mañana, se vestía con el vestido azul oscuro que había usado el primer día en el MUMS, se sentaba en la sala a oscuras, sin prender la luz, fumando cigarrillo tras cigarrillo. Inés la encontraba así y se sentaba a su lado, en silencio, hasta que amanecía. Algunas noches probaba vestirse como Jaime, se ponía un pantalón y una camisa del fondo del placard, se miraba en el espejo, y se quitaba todo al rato: ya no se reconocía. El varón que había sido durante sesenta y cuatro años se le había vuelto un disfraz que ya no le calzaba. La idea de ponerse el disfraz para recibir al hermano, una última vez, le parecía una traición a la mujer que había tardado tanto en ser. Pero la idea de recibirlo como Josefina, sin preparación, sin aviso, le parecía una crueldad.

Finalmente, la fecha llegó. Era un sábado de octubre. El hermano aterrizaba a las once de la mañana en el aeropuerto Arturo Merino Benítez. Inés salió de la casa a las nueve, con un vestido oscuro y los nervios contenidos. Josefina se quedó sola en la casa. Se puso el vestido granate —el mismo que había usado en su primera fiesta de cumpleaños del MUMS—, se maquilló con cuidado, se peinó, se miró en el espejo del baño. Después se tomó el primer whisky. Después el segundo. Después, ya sin poder estarse quieta, encendió el televisor, lo apagó, puso música, encendió un cigarrillo, se tomó el tercer whisky. Y entonces, justo cuando iba por la mitad del vaso, sonó la bocina del auto en la puerta de la casa. El corazón de Josefina se le arrancaba del pecho. Se quedó paralizada frente a la puerta. Sintió que el ruido del picaporte, cuando alguien lo giró desde afuera, era espantosamente fuerte y eterno. La puerta no terminaba nunca de abrirse.

IX. El abrazo

La puerta se abrió. Una figura gris, maciza, se hacía contra la luz del mediodía buscando en la oscuridad de la sala a quién saludar. Josefina, paralizada, miraba. El semblante oscuro del sujeto que se apareció en la puerta —un hombre de sesenta y cuatro años, pelo cano, abrigo gris, maleta pequeña en la mano izquierda— se tornó dulce, apacible, sonriente al encontrarse frente a ella. Sus ojos buscaron los ojos de Josefina. Los encontró. Y en esos ojos, dice Josefina hoy, vio lo que ningún ojo le había devuelto en la vida: el reconocimiento sin condiciones. La figura gris soltó la maleta en el piso, dio un paso adelante, y dijo, con una voz que ella conocía desde la infancia, la voz de un hermano que a los cinco años la había llevado de la mano al astillero del malecón a ver los barcos:

—Siempre quise tener una hermana. Y me alegro que seas tú.

Y sin mediar más palabras, el hombre se abalanzó sobre Josefina para darle un fuerte y profundo abrazo. Josefina, que llevaba seis décadas esperando un abrazo así sin saber que lo esperaba, se quedó quieta un segundo. Después abrazó también. Abrazó con toda la fuerza que le quedaba en el cuerpo de sesenta y nueve años, y lloró sobre el hombro del abrigo gris. Lloró por el vestido floreado del ropero de su madre. Lloró por las noches del subterráneo de la Calle Cincuenta. Lloró por el vestido rojo caído del vigésimo piso. Lloró por los tres hijos militares que no sabían quién era. Lloró por la primera Inés que lo había expulsado y por la segunda Inés que lo había acompañado. Lloró por la firma torcida del oficio al Seremi de Salud. Lloró, sobre todo, por el niño de diez años que se había puesto un vestido en Guayaquil y que nadie, en sesenta años, había ido a buscar.

Inés, de pie junto a la puerta abierta, sonreía mirándoles llorar, reír y besarse. Había hecho el viaje entero desde el aeropuerto en silencio, con el hermano sentado al lado en el asiento del copiloto, escuchándola sin interrumpir. Le había contado todo: lo de Guayaquil, lo de Nueva York, lo de la primera esposa, lo de los hijos, lo de Santiago, lo de la terapia, lo del MUMS, lo de Josefina. El hermano la había escuchado con atención,

mirando la Cordillera por la ventana, sin decir una palabra. Solo al final, cuando ya estaban entrando al barrio Yungay, había sacado la voz para comentar lo lindo que estaba el día y que hacía mucho tiempo que quería volver a Chile. Nada más. Inés no sabía qué pensar. Ahora, viéndolo abrazar a Josefina en la puerta de la casa, entendió. El hermano había llegado ya perdonado. O más bien, el hermano había llegado sabiendo que no había nada que perdonar.

El abrazo duró, dice Josefina, una eternidad. O dos minutos. Las dos cosas. Cuando se separaron, el hermano le tomó la cara entre las manos, la miró, le dijo: "Estás hermosa, hermana". Y Josefina, que no había recibido un cumplido así en toda su vida, se rió por primera vez desde hacía semanas. Una risa floja, de whisky y de alivio. Inés cerró la puerta. Los tres entraron a la sala. La maleta del hermano quedó olvidada en el piso del pasillo. La vida, a partir de esa tarde, sería otra.

X. Epílogo: la noche después

Esa noche, después de que el hermano se acostó en la habitación de huéspedes y la casa se quedó en silencio, Josefina se sentó sola en la cocina. Inés dormía. El hermano dormía. La luz de la campana extractora era la única luz encendida en la casa. En la mesa había una taza de té con menta que se le había enfriado, y al lado, el teléfono fijo que todavía colgaba de la pared del pasillo, con su cable enroscado y su disco de marcar de los años ochenta. Josefina lo miró un buen rato. Pensó en sus hijos. En los tres varones que había dejado en Nueva York hacía veinticuatro años, que ya eran hombres hechos, oficiales destacados del Ejército de los Estados Unidos, que habían ido a Afganistán y a Irak, que la llamaban cada semana y a quienes ella contestaba, todavía, impostando la voz de Jaime para darles los buenos días y preguntarles por los nietos.

Diario de Josefina — 18 de octubre de 2003

Mi hermano me abrazó hoy. Me llamó hermana. Estoy llorando de nuevo, pero esta vez de alegría. ¿Y si algún día mis hijos pueden hacer lo mismo? ¿Y si algún día puedo llamarlos por teléfono y decirles, con mi voz de Josefina: hijos, soy yo, soy su padre, soy Josefina? No sé si lo haré. No

sé siquiera si quieran saber. Pero por primera vez en la vida, hoy, después del abrazo de mi hermano, siento que quizá algún día pueda. El miedo sigue. Pero ya no es el miedo de antes. Es un miedo con una puerta abierta.

Josefina apagó la luz de la cocina. Se fue al dormitorio. Se quitó el vestido granate con el que había recibido al hermano, se puso el camisón, se lavó la cara. Se acostó junto a Inés, que se despertó un instante para preguntarle, en voz baja: "¿Estás bien?". "Estoy bien", dijo Josefina. "Por primera vez en la vida, creo que estoy bien". Inés le tomó la mano en la oscuridad, sin decir nada, y se volvió a dormir. Josefina se quedó despierta, mirando el techo, con la mano de Inés todavía en la suya. En algún lugar de la casa, el hermano roncaba levemente. En algún lugar del barrio Yungay, un carabinero patrullaba la calle. En algún lugar de Nueva York, sus tres hijos dormían sin saber que esa noche, en Santiago, su padre se había dormido por primera vez en sesenta y nueve años sin miedo de que alguien lo viera.